

nocivo que su doctrina enseña de considerar la inflamacion bajo la idea de *fuego*, y no dudo que su sensatez y probidad tan señalada, á la par que distintiva de los médicos españoles; les hará abandonar para siempre un pensamiento, que siguiendo como hasta aqui hecho base del tratamiento de la inflamacion, ha de continuar llevándolos á los mas lastimosos resultados: y sino véase lo que todos los dias pasa en los aposentos de los enfermos, donde á cada paso se oye á los médicos y no médicos, cuando inspeccionan la sangre estraída por la sangría, esclamar con una seguridad que asombra... Esta sangre está encendida..... Aqui hay mucho incendio..... Que costra inflamatoria tan gruesa!.... Esto es un volcan....! etc. Y cuales son las consecuencias?.... Si la equivocacion no autorizára para obrar conforme á ella, no fuera mucho el daño; pero ya unánimemente declarado que todo arde, es bien lógico ocurrir á la quema con su diluvio de agua.... Que beba, claman todos, cuanto quiera el enfermo, agua natural, gomosa, de cebada, de limon, prodigarle bebidas refrescantes y sangrarlo mucho.... pues ya se vé, que siendo la sangre en esta hipótesis el combustible, ¿que mas racional que quitar pábulo al incendio? De todo lo cual resulta que el enfermo por una parte sometido á la dieta absoluta; atascado por otra su estómago de líquidos relajantes de su accion, y quitándole á mas la sangre necesaria para la vida, esta decae mas de su energía, única fuerza curatriz de toda enfermedad, y cuando aquella actividad sola hubiera bas-

tado para la curacion, con tanto deprimirla, se le imposibilita para el triunfo y sucumbe, cuando su vigor no era tal que bastára para hacer frente, y resistir al mal y al mal tratamiento juntos.

A pesar de tan abultados inconvenientes, se continua sangrando tan á menudo y con tanta profusion en todos los periodos de cualquiera enfermedad, que el que lo vé no puede echar de sí el pensamiento de que tal casta de vampiros ó andan en lo que no saben, ó no saben en lo que andan; si el orbe entero no está enfermo de inflamacion.

Otro error no menos nocivo que el primero de que es consecuencia, está en tomar la costra de linfa coagulable que de color blanco azulado, y mas ó menos densa cubre la sangre estraída, por señal patognomónica de la inflamacion, y la necesidad en que se cree estar de continuar sangrando á golpe sobre golpe, hasta la desaparicion completa de la costra fatal, que no evidencia la inflamacion como se cree, por cuanto en muchas inflamaciones de las mejor sentidas no se presenta en las primeras sangrías hechas, cuando la enfermedad está en su completa entereza, y sí mas adelante cerca de su terminacion, que las mas veces precede á la falta de dicha costra, que á pesar de la orden terminante de la escuela alopática, de no presentarse mas que en las inflamaciones exclusivamente y sin falta ninguna, no solamente no se presenta en dicha enfermedad siempre, sino que tambien se deja ver

donde le está prohibido, v. gr. en los reumatismos aun los mas crónicos, y en otros casos morbosos que la alopatía no tiene por inflamatorios. Por lo que debemos concluir, que un fenómeno tan vago como este no merece el título de señal patonogmónico, ni la importancia que se le dá, y de consiguiente que el tratamiento apoyado en él, carece de fundamento sólido.

Se concede que la inflamacion desaparece algunas veces despues de las sangrías, pero á esta práctica, mas quirúrgica que médica, no se debe dar un valor directamente curativo, y el creer que lo tiene, es un error de práctica y de observacion sumamente perjudicial. Sin el auxilio de la sangría vemos todos los dias que la naturaleza por sí sola, cura las inflamaciones, mientras que aquella evacuacion no siempre triunfa de estas enfermedades: y bien se podia concluir de aquí en muchos casos en que se sangra (siempre con perjuicio del enfermo, que pierde asi una grande cantidad de fluido precioso), que la naturaleza sola hubiera bastado para vencer la enfermedad. Es verdad que esta efusion de sangre, aunque nunca es un verdadero remedio, en algunos aunque pocos casos, es un verdadero socorro, porque aunque siempre sea un mal en sí misma, es ordinariamente menor que el peligro de muerte que acompaña á algunos casos de inflamacion. Sirvanos de ejemplo uno de los mas graves, y en que la sangría suele ser un pronto socorro, la pneumonía ó flusion de pecho inflamatoria, y veremos que las ventajas de esta

evacuacion, son contrabalanceadas por gravísimos inconvenientes.

Como esta enfermedad tratada por el método antiflogístico de la escuela ordinaria, exige abundantes sangrías, no pocas veces pasa á la tisis pulmonal, á causa de la debilidad escesiva, consiguiente á las enormes pérdidas de sangre: enfermedad terrible por su terminacion siempre mortal: otras veces esta deplecion inmoderada produce una muerte pronta; ya paralizando el órgano respiratorio, ya por la conversion de la pneumonía en una afeccion nerviosa aguda, igualmente perniciosa. Todo lo cual se evitaba prefiriendo el tratamiento antiflogístico homeopático al alopático, en que el principal papel, y casi único, lo desempeña la sangría, socolor unas veces de evacuar la plétora general sanguínea, otras para extraer la sangre inflamada, como si la sangría tuviera la facultad electiva de tomar ó sacar la sangre encendida, aun en el supuesto de que lo estuviese, y dejar la demas, hallándose íntimamente mezclada y confundida una con otra.

Aparte de todo esto, y sin salir de la pneumonía tomada por tipo de comparacion, hallamos razones muy poderosas para dudar de la posibilidad de la plétora general, tan ponderada en esta enfermedad. Porque al enfermo que pocos momentos antes de ser atacado de una pulmonía, no tenia plétora ó sobre abundancia de sangre, ni siquiera un átomo de ella mas que la necesaria para el desempeño regular de las funciones, ¿de dónde

le vinieron las cuatro ó seis libras de ella excedentes, que la alopatía halla necesario derramar en poco tiempo para destruir la pretendida plétora general? Y si en lugar de todo este desperdicio de líquido vital, se toma el partido de administrar al enfermo un glóbulo de azúcar de leche empapado en la dilucion al trillonésimo de grano del jugo de acónito, y poco despues el pulso se normaliza, todas las funciones vuelven á su tipo regular, y desaparecen todos los indicios de plétora, sin haber extraído la menor cantidad de sangre; no se podrá preguntar ¿qué se hicieron aquellas seis libras de sangre que poco ha sobraban?... ¿Que ha sido de la plétora?

Aun cuando el método antiflogístico de la escuela ordinaria tuviese otra base de mas solidez, aunque su uso no fuese tan á menudo seguido de un decreto de muerte, todavía era preferible por mas ventajoso el tratamiento homeopático, porque el otro aun en los casos de inflamacion reciente y franca, sin complicacion de enfermedad crónica, que por casualidad reciben curacion despues de las sangrías, deja en pos de sí un estado de decadencia y de languidez general, que para salir de él hay necesidad de una larga convalescencia, durante la cual, el sugeto tiene abandonados todos sus negocios con notable pérdida de sus intereses materiales, sin poder atender á otra cosa que á sustraerse de las influencias exteriores, por la mucha oportunidad que en él se conserva de volver á encarnar las causas destructoras de la salud, y ha-

cerle enfermar de nuevo, por carecer todavía su organismo del suficiente vigor para rehacerse contra dichas influencias, y rechazarlas.

Cuando digo que ciertos casos de inflamacion se curan despues de las sangrías, no quiero dar á entender que esta evacuacion tenga alguna relacion directa con la curacion de la flegmasia, ni con la de las otras enfermedades agudas, en que el tratamiento antiflogístico, y sobre todo su principal medio, la sangría, es tan exclusivamente recomendada; pues mirando el hecho con atencion, no se puede afirmar que este tratamiento haya curado en la acepcion rigurosa de la palabra, sino solamente que debilitando la vitalidad (y debilitar no es curar), esto mismo ha disminuido la enfermedad, y de consiguiente ha puesto al organismo en mejores condiciones de reaccion para el triunfo sobre el mal, debiéndose, aun en el caso de seguirse la curacion inmediatamente á la sangría, atribuir aquella á la fuerza curatriz que hay en nosotros.

Todo el mundo médico está de acuerdo en que las enfermedades inflamatorias, presentan, á mas del estado morbozo general dinámico, una ó mas congestiones locales, que son efectos ó consecuencias de aquel estado. Contra estas conjestiones locales se dirige, pues, la accion depletoria de la sangría, sin relacion ninguna por otra parte con el estado dinámico general. La sangría se dirige á remediar ó deshacer la congestion local, no contra la causa de la congestion, y no obrando

sobre esta, no se puede decir qué medicamento ni procedimiento alguno terapéutico, es directamente curativo. Esta calificación solo pertenece al agente capaz de modificar la enfermedad entera con su causa, y no limitar su acción á una pequeña sección de aquella, á un síntoma aislado, cual es la congestión local.

No por eso diré yo, ni homeópata alguno, sin exceptuar al mismo Hahnemann lo piensa, que la sangría deba escluirse de la práctica médica absolutamente. Este medio, aunque muy rara vez, se hace necesario, bien que no como curativo, sino en cualidad de preparatorio para la acción de los curativos, de lo que se puede citar como ejemplar el caso de verdadera apoplejía, en que la inervación está suspendida por la comprensión del centro sensitivo, y no puede por esto obrar el medicamento homeopático. Entonces, disminuida por la depleción que ocasiona la sangría, la congestión cerebral disminuye la compresión del centro sensitivo, y la inervación suspendida un momento, se restablece, vuelve á tomar su curso y permite obrar al medicamento homeopático. También nos valemos de este medio para apartar el *periculum in mora*, cuando una congestión sanguínea es tal, que hace temer que los vasos estallen y se produzca una hemorragia interna, durante el tiempo que debe tardar el medicamento homeopático en desplegar su acción saludable. En una palabra, se puede decir que el homeópata entonces saca una espina que por de pronto estorba la curación de la llaga.

La alopatía al contrario cae en el error de creer que las congestiones locales, son causa de la enfermedad considerada en la totalidad, y aun se persuade también que aquel fenómeno es la enfermedad entera, echándole la culpa de todo con tan poca razón, como se diría del piloto, cuyo vagel á consecuencia de una récia tormenta, perdiese el palo de vauprés ú otro, y le echase la culpa de toda la avería, tomándolo por causa de la tormenta que lo había roto, y aun considerándolo como si fuese la misma tormenta.

Y como tampoco ha llegado á sospechar que la mutación general acaecida en nuestro interior invisible, es la causa originaria de aquellas congestiones, desprecia ó descuida aquella, afanándose exclusivamente en combatir estas por la repetidas sangrías: no acierta á persuadirse que la sangre contenida en sus tubos, representa un papel pasivo, como el del mercurio del barómetro que sube ó baja según el estado de la atmósfera, y que cuando por esta causa el mercurio asciende, nada se remediaria con verter una porción de él para que el restante baje, y lo que resultaría sería solo echar á perder el instrumento. Qué sucede también en un barco de vapor? Cuando el barómetro colocado en su máquina sube, el director del barco no derrama nada de él, abre el tubo de seguridad para que se refresque el interior de la máquina, con lo que el mercurio baja, porque con este procedimiento se ha disminuido la presión del vapor, sobre la columna mercurial y sobre las paredes de la caldera, en

la que ningun cambio hubiera ocasionado la sustraccion de una parte del mercurio que no servia mas que de indicar el grado de presion del vapor. Del mismo modo la sangre en sus vasos, es como el líquido barométrico que indica las mutaciones ocurridas en lo interior de la máquina, sin ser la mutacion misma sino efectos de ella.

A más de las razones espresadas, hay hechos que deponen contra el abuso de la sangría, porque hay muchas inflamaciones que resisten á las evacuaciones sanguíneas al parecer mas indicadas, y si este medio fuera directamente curativo, deberia curar todos los casos agudos, no complicados por enfermedad crónica. Tambien porque si toda congestion local inflamatoria fuese la misma cosa que la irritacion general, la disminucion ó cesacion de esta, deberia coincidir con la disminucion ó cesacion de las congestiones, lo que ni el racionio persuade, ni los hechos prueban. El hecho solamente acredita que la sangria puede disminuir la irritacion local ó la plétora general, suponiéndola posible. La sangria obra una deplecion mecánica sin interrupcion, porque el organismo repugna el vacío. Esto es lo que dice el hecho. Pero hecho ninguno ni argumento puede probar la relacion que la escuela médica dominante, cree existir entre la deplecion sanguínea y la estincion de la irritacion, causa evidente ó á lo menos sospechable de toda congestion local inflamatoria. Porque de que una inflamacion entre varias ceda despues de una evacuacion san-

guinea, no se sigue que cedió á ella. Aqui hay dos términos que considerar: la evacuacion sanguínea de una parte; y de otra, la reaccion vital. De estos dos términos, ¿á cuál se debe atribuir la curacion? Aqui está toda la cuestion cuya solucion es de suma importancia práctica.

A cualquiera lado que nos inclinemos, aunque la cuestion se resuelva á favor de la sangria, que de cualquiera modo que se la emplee, no puede mas que facilitar la reaccion del organismo contra la enfermedad, siendo una verdad indisputable que ningun médico, que ningun medicamento, ni procedimiento mecánico cura jamás, ni hace otra cosa que poner al organismo bajo condiciones favorables á su victoria sobre el mal, de que él solo puede triunfar, ¿no es evidente que desde el momento que se haga ver palpablemente que por medio de medicamentos especificos se puede determinar esta reaccion sin desperdiciar la sangre tan necesaria para la vida y energía del organismo, se evidencia la inutilidad de la sangría esceptuando aquellas pocas ocasiones en que ya queda dicho, las concedemos lugar?

Aun en esos pocos casos escepcionales, solo, repito, nos servimos de ella para quitar el obstáculo á la accion dinámica del remedio, y los curamos despues por medios directos, sin permitirnosla en los casos de menos violencia, llegando al mismo resultado por nuestro anti-flogístico el acónito, cuya accion esenta de los inconvenientes de las sangrías, es tan rápida que en las enfermedades agudas de que se trata, pocas horas bastan para seño-

rearse de la fiebre y detener el movimiento inflamatorio. Nuestras curaciones por eso son infinitamente mas dulces con nuestros anti-flogísticos que las de la alopatía con los suyos, y como ademas las nuestras no ocasionan pérdida de vitalidad, las obtenemos las mas veces sin convalescencia y si esta se sigue, es poco molesta y de corta duracion. Nuestro procedimiento en razon de su carácter de especificidad es siempre directo: por eso nuestras curaciones son permanentes, mientras que el alopático constantemente indirecto solo puede aplaudirse de lograrlas poco durables.

Por último diremos, que sin embargo de que la homeopatía conoce los peligros é inconvenientes del tratamiento anti-flogístico de la otra escuela, no condena absolutamente la sangría de que se sirve en los pocos casos ya espresados: diremos tambien, que ya se ha visto que el tratamiento anti-flogístico de cada escuela, marcha por diferente rumbo, por el rumbo homeopático seguro, discreto, sin escollos ni tormentas, el otro alopático, oblicuo, azaroso y lleno de peligros sobre oscuro y sin guia ni fanal que dirija al puerto deseado. ¿Cuál de los dos deberá preferirse? Los lectores lo decidirán, y yo me ocuparé entretanto de esponer el método revulsivo, el otro eje sobre que rueda la doctrina fisiológica.

CAPITULO XII.

Del método revulsivo.

La palabra revulsivo viene del verbo latino *Revellere*, apartar, desviar con violencia, arrancar. Sirve para nombrar un método terapéutico, y tambien una série de agentes, de procedimientos y medicaciones, por cuyo medio se provocan metástasis ó transmutaciones morbosas. Estos transportes de la enfermedad cuando son obra de la naturaleza sola, sin intervencion de causa conocida ni provocacion de parte de la medicina, han recibido y conservan desde Hipócrates el nombre de *Crises*. De ellas unas son perniciosas, otras saludables. Estas últimas suceden cuando á resultas de un movimiento tumultuoso de la naturaleza, el organismo todo y la enfermedad se conmueven y esta deja un órgano importante, trasladándose á otro que lo es menos: entonces la enfermedad pierde de su intensidad y aun á veces se resuelve. Tambien puede recibir alivio ú solucion el mal, aunque su traslacion no se haga á órgano menos importante siempre que este logre desahogarse por medio de las evacuaciones que se llaman críticas, como ordinariamente sucede respecto al estómago, intestinos, vejiga urinaria, aparato circulatorio etc., por vómitos, diarrea, orinas ó sudor.

El médico con la idea de imitar á la naturaleza en estas revoluciones críticas, por haber visto